

PORTUGAL EN AYALA, AYALA EN PORTUGAL

Carolyn Richmond, Catedrática Emérita,
City University of New York

Vistas ahora desde una perspectiva histórica así como personal, las dos primeras ocasiones que en sus *Recuerdos y olvidos* (1906-2006) refiere Francisco Ayala haber pisado suelo portugués corresponden claramente al antes y después de una de las mayores usurpaciones de un poder establecido en la historia española: la sublevación militar del 18 de julio de 1936 contra el gobierno de la Segunda República Española, “conflicto” que, según manifiesta el autor al final del capítulo titulado “Primera visita a Sudamérica,” pronto tendría “visos de prolongarse.” Invitado a hacer una gira de conferencias por el cono sur, había embarcado a principios de mayo de aquel año en Lisboa, ciudad a la que regresaría en el mes de agosto y donde, en aquella segunda ocasión, pasaría todavía unos cuantos días antes de viajar luego, no sin algún riesgo, en un barco alemán al puerto francés de Cherburgo. Estas fueron, pues, las circunstancias político-personales, muy escuetamente reseñadas en sus memorias, de las dos primeras, y breves, estancias de Ayala en la capital lusitana.

Para entender lo que pudiera haber de fondo íntimo y subjetivo en los textos de los que a continuación me voy a ocupar habría que tener en cuenta aquí otros dos sucesos, de índole personal, acaecidos en aquella misma época. Primero, la muerte en Burgos en la primavera de 1936, o sea, antes del primer viaje de Ayala a América del Sur, de la madre del autor, María de la Luz García-Duarte, momento recreado líricamente en el hermoso poema en prosa *Día de duelo* (1941) y evocado de otro modo en el capítulo de sus memorias titulado “Nace mi hija; muere mi madre”:

Aún me siento transido — escribe ahí — por los cantos solemnes
que llenaban la sombría iglesia de Las Huelgas Reales durante
la misa de *requiem* celebrada en exequias suyas. (205)

El segundo acontecimiento fue la muerte, “unos meses más tarde” (a principios de agosto, estando nuestro autor en Sudamérica), de su padre, administrador de dicho monasterio real, a la cual se refiere de modo sucinto el autor en el capítulo de *Recuerdos y olvidos* titulado “Últimos meses en Barcelona”:

[L]levado al presidio de Burgos con dos de sus hijos “había sido asesinado cuatro días después por las tropas nacionalistas” en una de las cotidianas sacas de presos. (250)

Pertenecen una y otra muerte, junto con otros recuerdos familiares, a una especie de fondo sentimental, recalcado poéticamente por una constante apelación a los cinco sentidos, del que se nutren tanto los textos de inspiración portuguesa como, de modo quizá más sutil — aunque no por ello menos importante—, otras obras de invención ayalianas redactadas entre 1939 y 1949. Pero antes de ocuparme de los tres escritos *portugueses* en cuestión, conviene complementar lo expuesto hasta ahora con unos detalles biográficos que completan el cuadro vital que estamos trazando aquí de su autor.

Según cuenta Francisco Ayala en el segundo volumen de *Recuerdos y olvidos*, titulado “El exilio,” tras la guerra civil se estableció en Buenos Aires, donde, con la excepción de un año —el de 1945—, residiría hasta el 1950. Ese año, escribe al comienzo del capítulo titulado “Paréntesis brasileño,” lo pasó, “completo, desde 1º de enero hasta el 31 de diciembre, en Río de Janeiro,” (336) ciudad que le gustó enormemente y donde confiesa haberse *esforzado* por hablar la lengua portuguesa. Para lo que aquí nos concierne, conviene subrayar el aspecto tanto lingüístico como cultural de dicha experiencia, pues no sólo llegaría a perfeccionar su conocimiento del portugués (tradujo al español las *Memórias de um sargento de milicias* de Manuel Antônio de Almeida) y a conocer a escritores y otras personalidades importantes del mundo literario e intelectual brasileño, sino que su propio enfoque intelectual de la realidad contemporánea habría de sufrir la influencia del gran proyecto al que durante aquel año había puesto término: la redacción de su monumental *Tratado de sociología*. Según manifiesta al comienzo del capítulo de *Recuerdos y olvidos* titulado “Balance de un año,” esa estancia

tuvo, sin embargo, significación profunda y rica en el curso de mi existencia. Para empezar — continúa —, dentro de ese paréntesis se encierran impresiones sensoriales muy intensas, colores, músicas, olores y sabores inolvidables... (351)

Esta exaltación de los sentidos, junto con la experiencia de haber vivido durante un tiempo prolongado dentro de un ambiente de habla portuguesa, habrá de influir —sugiero— en la elaboración de los tres relatos lusitanos que ahora paso a comentar.

Usurpaciones y usurpadores

Volvamos por un momento, con la intención de dejarlo claro (como en el epílogo a mi antología *De toda la vida. Relatos escogidos* también intenté hacer), al papel desempeñado, siquiera de modo indirecto, en la obra narrativa ayaliana de aquellas décadas por los padres del autor. Conviene recordar, en primer lugar, que los dos primeros textos narrativos suyos escritos y publicados justo después de la guerra civil española se inspiraron directa o indirectamente en la muerte de uno y otra: por parte del padre, el lírico *Diálogo de los muertos* (*Elegía española*), redactado en París poco después del final de la guerra civil y publicado en diciembre de 1939 en la revista *Sur* (núm. 63) de Buenos Aires; y por la de la madre, la antes referida pieza *Día de duelo*, aparecida en *La Nación* de Buenos Aires el 27 de septiembre de 1942. Se trata, pues, de los dos primeros escritos de invención publicados por Francisco Ayala después de salir de España. El segundo se recogería en 1971 en la primera edición de *El jardín de las delicias*; el *Diálogo* se reproduciría, como una especie de epílogo, en la primera edición, de 1949, de *Los usurpadores*, recopilación de relatos inspirados en la historia española donde incorporaría nuestro autor también los tres escritos de inspiración portuguesa, redactados todos a su vuelta a Buenos Aires, que nos ocupan aquí.

Se trata de tres obras de invención: dos que remontan, de un modo directo o indirecto, a la historia de España en el siglo XVI, y un tercero, presunto *prólogo* al conjunto original de seis narraciones (se agregaría una séptima a la segunda edición, de 1970), que establece para dicho contenido un marco de perspectiva contemporánea recalcado poéticamente, al final del libro, por el ya

aludido *Diálogo de los muertos*. Tres relatos, tres épocas históricas, tres espacios geográficos... y una multitud de fuentes de inspiración que remontan, no sólo a la vida propiamente dicha del autor —me refiero aquí a hechos como los ya apuntados—, sino también a fuentes más sutiles, aunque no por ello menos importantes: *impresiones sensoriales* que desde luego no se limitan a las de Brasil; recuerdos estimulados por uno o más de los cinco sentidos y transformados luego en poesía; la historia, como ciencia o bien como materia novelada; la creación artística humana, sobre todo la pintura; y, desde luego, las fuentes literarias... En todo ello, así como en lo que a continuación se va a comentar, habrá que tener en cuenta, siempre, tanto la importancia para Ayala del artista —en su caso, el escritor— en cuanto *creador* de una *realidad* nueva y suya, como el hecho de que dicho artista pertenece a una larguísima cadena de creadores cuya obra, en su conjunto, llega a constituir, en toda su complejidad, nuestra tradición histórico-cultural

Fechados por su autor en 1947 y situados, respectivamente, a mediados y finales del siglo XVI, *San Juan de Dios* y *Los impostores* reflejan, cada cual a su manera, los lazos que en aquella época existían entre España y Portugal: de un lado, la anexión por parte de Felipe II, dos años después de la muerte de Sebastián I de Portugal en la batalla de Alcázquivir (1578), de la corona de este último reino a la española; y del otro, la fundación en la ciudad de Granada por Juan de Dios (1495-1550), santo nacido —según la tradición— en la lusitana Montemor-o-Novo, de la Orden Hospitalaria que tras su muerte pasaría a llevar su nombre. La acción, casi enteramente ficticia, de esta última historia toca a su fin en 1550 (concretamente —aunque en el texto no lo dice— el 8 de marzo de dicho año, fecha ésta de la muerte de San Juan de Dios), mientras que concluye la de la otra en 1598 con la muerte (el 1º de agosto) del impostor español Gabriel de la Espinosa, conocido como el *pastelero de Madrigal*, en la horca en el abulense pueblo de Madrigal de las Altas Torres. Se trata, pues, de dos muertes históricas: dos *finales* que, sugiero, contienen a su vez —quizá de modo inconsciente por parte del autor— ecos sentimentales de los que, a mediados y finales de la década de 1930, les habían acaecido a sus dos progenitores.

El tercer *usurpador* en cuestión, el apócrifo prologuista “F. de Paula A. G. Duarte,” ficticio álter ego del autor (F[rancisco] de

Paula A[yala] G[arcía] Duarte), se autodescribe, con aparente modestia, al comienzo de un proemio cargado en puridad de ironía, como un “oscuro periodista y archivero municipal de la ciudad de Coimbra,” “amigo” del autor. Está fechado el texto en “Coimbra, primavera de 1948,” siendo así el último en redactarse —como es habitual— antes de la publicación, al año siguiente, de la primera edición del libro. ¿A quién recuerda este ficticio sabio portugués al que le ha *encomendado* además el autor recordarles a sus eventuales lectores ciertos detalles de su producción literaria antes de la guerra civil española? Repasando las páginas de *Recuerdos y olvidos* dedicadas a la estancia de Ayala en Brasil, me detengo en el extraordinario retrato trazado por él allí, en un capítulo que lleva como título su nombre, del erudito “bibliotecario de la Facultad de Filosofía y Letras” de la Universidad de Río de Janeiro Otto María Carpeaux, “vienés de origen judío” exiliado a su vez por razones políticas en el continente sudamericano, quien publicaba “artículos muy densos y ricos sobre temas literarios en los periódicos de Río.” No es imposible, creo, que hubiera servido, por lo menos en parte —se podría rastrear también, sospecho, alguna que otra ilusión a la ironía borgiana—, la figura de este buen amigo de Ayala como inspiración para la del ficticio prologuista en cuestión.

San Juan de Dios: El triunfo de la caridad

La basílica de San Juan de Dios en Granada, construcción del barroco tardío (1737-59), conmemora ante todo la idea teológica del triunfo del amor o de la caridad, virtud esta que, según el refrán, empieza a su vez por casa. La caridad, ejercida en el relato de Ayala tanto por el hermano Juan de Dios como por los cuatro personajes laicos —los escarmentados primos *hermanos* don Felipe y don Fernando Amor; la bella, y últimamente desdichada, doña Elvira; y el joven criado de esta, Antón—, constituye, según el autor, la única salvación para el ser humano destinado, como resultado simbólico del pecado original, a reñir con su hermano para usurparle algo que, con cierta probabilidad, acabará más adelante siéndole usurpado a él... Situado en un tiempo histórico de guerras y de plagas, *San Juan de Dios* es al mismo tiempo un himno a la esperanza (las constantes apelaciones que ahí se dan al sentido del oído culminan al final con unas milagrosas campanadas que contextualizan desde otro ángulo lo leído hasta ahí) y, como

antes quedó señalado, un homenaje por parte del escritor a su madre, quien, según refiere en el capítulo “Sentimientos y emociones” del primer volumen de *Recuerdos y olvidos*,

sentía particular veneración hacia ese santo [...]; veneración que era un eco ampliado del respeto tenido por mi abuelo —ella me lo explicó más de una vez — hacia esos hermanos de San Juan de Dios que tan caritativamente asistían a los desvalidos enfermos. (62)

(El abuelo materno, médico muy conocido en su tiempo, llegó a ser, también, rector de la Universidad de Granada.) Otro homenaje a la madre del autor puede hallarse en el nombre del joven que llegaría a servirle de paje a doña Elvira (nombre este, dicho sea de paso, granadino por excelencia): Antón. Según cuenta Ayala en el primer capítulo de sus memorias, cuando vivía su familia en el nº 18 de la granadina calle San Miguel Baja su madre solía llevarle a oír misa en la iglesia de San Antón, situada no lejos de su casa, en la esquina de la calle de ese nombre y la de Recogidas.

El otro sentido predominante al que se apela en la historia es el de la vista. En el primer capítulo de *Recuerdos y olvidos* refiere Ayala cómo se inspira esta historia directamente de una representación pictórica del santo “en su hora de agonía” que estaba colgada en aquella casa, cuadro que describe detalladamente al comienzo del relato y que, con una técnica parecida a la cinematográfica, se *recompone*, cual escena dramática en el penúltimo párrafo del mismo. Aunque el lienzo dejó pronto de formar parte de la pinacoteca familiar, quedaría *grabado* en la memoria del autor, quien, al visitar conmigo en Madrid en la primavera de 2002 la exposición “Alonso Cano. La modernidad del siglo de oro español,” se paró ante el cuadro al óleo titulado “La muerte de San Juan de Dios,” perteneciente a una colección particular en Granada, y me dijo, sin dudar: “Es este el que estaba en nuestra casa. Este, o bien alguna copia.” (Según el catálogo de esa exposición, existen, bien sea en aquella ciudad, bien sea procedentes de ella, “numerosas copias conocidas” de dicha obra.)

Volviendo, ahora, al papel desempeñado en el relato por el cuadro ahí evocado, se le puede describir como una especie de marco para una sucesión de escenas enlazadas que, una tras otra,

ilustran algunos momentos ejemplares, casi todos ficticios, de la vida del santo: una serie de *cuadros vivientes* dentro de los que, a veces sin apenas moverse, habla —tanto a un interlocutor como al mismo lector— uno de los personajes en cuestión, técnica esta que refuerza lo que tiene la narración en sí de ejemplaridad. En el capítulo de sus memorias titulado “Mis padres” comenta Ayala que su madre “era lo que puede propiamente llamarse un alma cristiana” (47). *Ejemplar* —por lo menos vista desde el contexto de lo que meses después acaecería en su familia— sería asimismo la muerte de Luz García-Duarte en Burgos. La evocación poética de la escena en *Día de duelo* es a la vez conmovedora y, con su repetido énfasis en lo que tiene de “careta” y de “máscara” la cara de la difunta, hasta cierto punto (auto)increpadora. ¿Tendría esa evocación, me pregunto yo, alguna secreta conexión con la descripción, en la escena final de *San Juan de Dios*, de la ficticia Doña Elvira, marcada por “el horrible estrago de la muerte”? “¡Qué dolor!... —concluye el narrador— Sobre el macilento pecho una crucecita de oro relucía”... (130).

Los impostores: La comedia se acabó

Toda la vida nos has engañado con esa careta — escribe Ayala al comienzo de *Día de duelo* —. Y sólo al final la abandonas, amarilla y fría; nos la dejas y desapareces entre dos luces sin que hayamos conseguido saber cómo eres, quién eres. (123)

¿Cuándo habría empezado el autor a concebir el mundo como una especie de grotesco espectáculo teatral? Seguramente a raíz de la guerra civil, tragedia cuyas consecuencias, tanto político-sociales como personales, dejarían huellas profundas en su propia vida y en su literatura. En efecto, el primer escrito de invención en salir de su pluma después de la contienda, el lírico *Diálogo de los muertos*, que, según sugiero en mi epílogo a la antología *De toda la vida*, constituye una especie de homenaje a la muerte del padre y hermano del autor, resulta ser como una obra de teatro a la vez anónima y colectiva: un “diálogo soterrado” o “red de monólogos” entre muertos de uno y otro bando, *abrazados* todos debajo de la tierra en una “mascarada de la muerte.” Según Shakespeare, “*All the world's a stage / And all the men and women merely players*” (“Todo el mundo es un escenario / y los hombres y las mujeres no

son más que actores”)... (*As you like it*, II, vii, 139-140). Los *impostores* del así titulado relato ayaliano son también actores en el escenario del gran teatro de un *mundo* que, con la excepción de la primera escena – la batalla de Alcázarquivir, en Marruecos –, corresponde a un Portugal que en aquel entonces pertenecía a la España de Felipe II: el ermitaño de Alcobaza; otro llamado Mateo Álvarez; y, por último, el protagonista del relato, Gabriel Espinosa, “un pastelero de la villa de Madrigal,” quien, al final, “cual máscara solemne en las apreturas de un carnaval,” es conducido al patíbulo desde donde mira a su madre con “una extraña mueca” difícil de interpretar. Muerto ya el reo –concluye el narrador–:

colgando de la horca, aquel flojo muñeco de trapo, hubiérase dicho que la escena toda no había sido otra cosa que una mala broma de cómicos lugareños. (185)

Impostores todos... y también usurpadores, dispuestos a hacer cualquier cosa para alcanzar su fin: el joven e impetuoso rey don Sebastián, quien, tras haber atacado su propia flota en la bahía de Lisboa para probar “la solidez de las defensas,” llevaría luego a “la juventud mejor de Portugal” a la suicida batalla de Alcázarquivir; o el agustino portugués Fray Miguel de los Santos, antes confesor del joven rey, en la actualidad confesor de la joven religiosa doña María Ana de Austria y promotor de la causa del protagonista del relato; o este, el impostor, un aventurero audaz e insolente, dispuesto a jugárselo todo; o la misma doña Ana, hija natural de don Juan de Austria, recelosa de un lado y, del otro, *hechizada* por la posibilidad de una vida cortesana, libre de cualquier constricción conventual... Desempeña cada cual el papel que le corresponde, como si hubiese salido del marco mismo de un cuadro del barroco español –un retrato de media figura o de cuerpo entero, una escena histórica, un cuadro de género, otro de tema religioso... de Alonso Cano, Antonio Moro, Alonso Sánchez Coello– para ponerse ahora en movimiento. Gran admirador del arte, con una afección especial a la pintura, el escritor Ayala rinde en esta historia de tema hispano-portugués homenaje al florecimiento artístico de la época que corresponde en la península ibérica al apogeo político de la casa de Austria. Incluso cabe la posibilidad de que, entre las muchas y complejas fuentes de

inspiración para el relato, figure el recuerdo de un anónimo retrato de cuerpo entero de la mismísima doña María Ana de Austria, quien, en 1611, fue nombrada abadesa perpetua del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, donde en el año 1629 fallecería.

(La princesa aguardaba en pie — escribe Ayala —. Desde el borde de sus hábitos, a ras del suelo, se erguía, inmóvil, su delgada figura; sólo sus manos, concurriendo a torturar un finísimo pañuelo, se mostraban en ella inquietas. Ascendió poco a poco la mirada del hombre [el protagonista] hasta alcanzar por último el rostro de la dama: halló ahí unos labios delicados que, al apretarse, casi desaparecían en una línea sin color; se distrajo sobre unas facciones tiernas, todavía indecisas; descubrió unos ojos grandes, muy serios; y, al fin, encontró su mirada.) (174-75)

El lienzo en cuestión cuelga ahora, junto con otros tres retratos al óleo de gran tamaño, en la sala capitular del monasterio donde vivieron sus últimos días la madre y el padre de Francisco Ayala, asesinado este último por unos *impostores* nacionalistas que en 1939 darían por concluida, no ya la comedia, sino la tragedia histórica de la España del siglo pasado: la usurpación, a la fuerza, del poder legítimo del gobierno de la Segunda República Española.

Prólogo: El “amigo” es un fingidor

El “oscuro” prologuista conimbricense de *Los usurpadores*, F. de Paula A. G. Duarte, es todavía otro *impostor*, esta vez en el terreno literario. Mediante un ingenioso, autoirónico y, en el fondo, desconcertante juego de espejos *engendró* Francisco Ayala a comienzos del año 1948 a ese heterónimo cuyo apellido, Duarte, no sólo corresponde al segundo elemento del suyo propio, “García-Duarte,” sino que, aparte de ser español, es también típicamente portugués, siendo por lo demás un nombre estrechamente vinculado con la monarquía lusitana (Duarte I [Eduardo I] de Avis [1391-1438]), autor también de poemas así como diversas obras de prosa, entre ellas el tratado, o espejo de príncipes, titulado *O Leal Conselheiro* [*El consejero leal*]). (A todo ello podríamos añadir de paso —en el plano familiar—, que tanto el abuelo materno del autor como su hermano tercero tenían como nombre de pila el de

Eduardo...). Con una personalidad y estilo propios el inventado autor del *Prólogo*, viejo *amigo* —claramente de confianza— “del autor, su amigo,” resulta ser, repito, un alias o *heterónimo* de este último, lo que nos lleva de nuevo, desde otro ángulo, al papel desempeñado en *Los usurpadores* por lo portugués. No creo que quepa la menor duda de que, entre otras cosas, constituye esta brillante invención literaria ayaliana una especie de homenaje al escritor —e inventor de famosísimos heterónimos— Fernando Pessoa, cuyas obras conocía muy bien el autor español. En un ensayo tardío titulado “Reflexiones sobre la estructura narrativa” (1970), concluye Francisco Ayala el apartado sobre “La ficcionalización del autor” con una cita y sucinta glosa de los famosos versos que dan comienzo al poema “Autopsicografía”:

O poeta é um fingidor.
Finge tão completamente
Que chega a fingir que é dor
A dor que deveras sente.

Se trata aquí, desde luego, de algo más que un divertimento literario; bajo lo que al comienzo parecería el *Prólogo* tener de broma, yace un comentario muy serio de *Los usurpadores*, tanto en sus partes como en la suma de ellas, exégesis que suple además una hipotética carencia, en más de un nivel, de información bio-bibliográfica por parte del público lector argentino de aquel entonces; pero en el fondo es también probable que desee Francisco Ayala sugerirle al eventual lector español, cualquiera sea su edad y circunstancias, el trasfondo, eterno y universal, de la obra en cuestión: o sea, contextualizar de antemano el contenido del libro debajo del cual *finge* el narrador “que es dolor / el dolor que en verdad siente.” Este comentario *fingidamente* seco y erudito que fácilmente se imagina uno como si estuviera impreso en un papel —es decir, como si fuese un texto en blanco y negro— produce en el lector de *Los usurpadores* un efecto parecido —sugiero— al que diez años antes hubiera suscitado en el espectador de cine la película *El Mago de Oz*, la cual, partiendo de un acontecimiento serio (un tornado), filmado en blanco y negro, hace estallar ante los ojos del espectador una explosión de color: escena tras escena de una *historia* soñada —y protagonizada— por la joven Dorothy. El

contraste que se da en *Los usurpadores* entre lo pictórico, en *tecnicolor*, de *sueños* novelados, y lo —literalmente— prosaico de la *vida* contemporánea, o sea, entre el contenido histórico novelado y el irónicamente *erudito* prólogo que le sirve de introducción y marco, refleja, entre otras cosas, la dualidad realidad/fantasía que está en la base, no sólo del contenido de este libro sino también de toda la obra narrativa de Francisco Ayala.

Epílogo: Ayala en Portugal

A mi marido Francisco Ayala le encantaba Portugal, país al que volvería en más de una ocasión a partir de 1960, año de su primer regreso, desde el exilio, a España. Quisiera evocar aquí, para concluir, la última, que fue conmigo, en un verano varios años después de la Revolución de los Claveles (cuyos efectos se veían, tanto en las pintadas que llenaban con mensajes políticos cada espacio público libre como en el servicio asimismo *revolucionario* —o sea, casi inexistente— de los hoteles donde nos hospedamos...). Fue, para nosotros, una experiencia no sólo inolvidable sino también, desde más de un punto de vista, definitiva. Tras pararnos una noche en Guadalupe, para visitar el monasterio, procedimos en nuestro coche alquilado hacia Badajoz desde donde, tras cruzar la frontera, seguimos a la pequeña ciudad de Elvas, en cuya *pousada* nos paramos a comer. ¡Almuerzo glorioso! Siempre nos acordamos a lo largo de los años, con gran nostalgia gastronómica, el extraordinario *bacalhao dourado* que comimos en su patio, bajo el sol y al aire libre. Desde allí, pasando por Évora, Montemor-o-Novo y Setubal, llegamos por fin a Lisboa, que estábamos ambos impacientes por volver a visitar.

Recuerdo ahora largos y distendidos paseos al borde del río Tajo, disfrutando del agua, de la luz y de los hermosos azulejos que adornaban fachadas y portales; subidas en tranvía hasta los puntos más altos de la ciudad para ir bajando luego, lentamente, a pie; horas placenteras disfrutando del Jardín Botánico; monumentos y museos; maravillosos restaurantes, tanto económicos como de lujo; una soleada visita al Palacio Nacional de Queluz; una excursión en tren a Estoril, para visitar a Ernesto da Cal, buscar el Ventanal, nombre este del chalet que se había construido allí Ramón Gómez de la Serna, y comer pescado al borde del mar; librerías y tiendas; nuestras compras: un gallito de madera, una botella de vino de

Oporto, dos platos de Cerámicas Sant'Anna que conservo todavía; las bromas que me gastaba él cuando confundía yo el portugués con el español... Fueron, en efecto, unos días muy felices.

No me acuerdo ahora de mucho más; sólo que al entrar en España y pasar por Salamanca ocurrió algo que en nuestra vida compartida resultaría decisivo: asustadísima por un movimiento peligroso que había hecho él al conducir, lancé un grito, y al hacerlo, por poco provoqué un accidente. Paró Francisco el auto, hablamos, y acordamos solemnemente que jamás volveríamos a conducir, ni él, ni yo. Así, de ahí en adelante viviríamos felices, sin coches ni perdices...

Bibliografía

- Almeida, Manuel Antônio de. *Memórias de um sargento de milícias*. Trad. Francisco Ayala. Buenos Aires: Argos, 1946.
- Ayala, Francisco. "Reflexiones sobre la estructura narrativa." *Estudios literarios*. Vol. III de *Obras completas*. Ed. Carolyn Richmond. Pról. Ricardo Senabre. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2007. 48-87.
- . "Tratado de sociología." *Sociología y ciencias sociales*. Vol. IV de *Obras completas*. Ed. Carolyn Richmond, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2007. 37-864.
- . *El jardín de las delicias*. Madrid: Alianza, 2006.
- . *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*. Madrid: Alianza, 2006.
- . *Los usurpadores*. Ed. Carolyn Richmond. Madrid: Cátedra, 2006.
- . *De toda la vida*. Ed. Carolyn Richmond. Barcelona: Tusquets, 2006.
- Richmond, Carolyn. "Ayala en su tiempo: Un viaje por el siglo veinte." Epílogo a *De toda la vida. Relatos escogidos*. Por Francisco Ayala. Ed. Carolyn Richmond. Barcelona: Tusquets, 2006.

ANEXO

Como cierre de este volumen, hemos incluido una copia de la carta que Francisco Ayala le enviara a Keith Ellis en 1991, luego de que hubiera sido galardonado con el prestigioso Premio Cervantes. En las palabras de Ayala se expresa el reconocimiento del escritor español a la valiosa contribución de Ellis al conocimiento y difusión de su obra literaria. En efecto, Ellis es autor del primer estudio crítico sobre la obra de Ayala publicado por la editorial Gredos en 1964 bajo el título *El arte narrativo de Francisco Ayala*.

Nueva York, 12 de diciembre de 1991

Mi querido Keith:

He tardado en contestar a su felicitación por el Premio Cervantes con que han querido mis compatriotas coronar la vejez de este escritor que fue exiliado, no a causa de negligencia, sino porque ese galardón llegó hasta mí cuando me encontraba aquí, literalmente muriéndome en una cama de hospital. Ya por fin estoy fuera de peligro, y dispuesto a seguir dando guerra en este mundo.

En la ocasión presente he debido recordar, querido amigo, que fue usted quien primero dedicó un libro, y libro excelente, fundamental, al estudio de mis obras, de modo que su crítica queda permanentemente unida a ellas.

Reciba, pues, la expresión de mi gratitud y de mi afecto.

Cordialmente suyo

